

R-19.192

ORACION FUNEBRE

QUE EN EL TERCER DIA

DE LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS

EN LA

Santa Iglesia Metropolitana de Granada,

EN SUFRAGIO POR EL ALMA

DEL EXCMO. É ILMO. SR.

D. SALVADOR JOSÉ DE REYES, GARCÍA DE LARA,

dignísima Obisado que fué de esta diócesis, etc.,

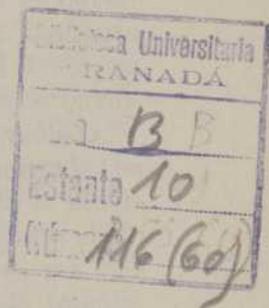
PRONUNCIÓ

El Dr. D. Servando Arboli,

PRESBITERO,

Capellan de honor de S. M. en la de Reyes Católicos de la misma, individuo

de varias Sociedades científico-literarias, etc.



Se imprime con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE D. GERÓNIMO ALONSO.

1865.

Lorente 24 SETL 91

Moyses servus meus mortuus est : surge, et transi
Jordanem istum, tu et omnis populus tecum, in terram
quam ego dabo filiis Israel. *Jos. I. 1.*

Moysés mi siervo ha muerto: levántate, y pasa este
Jordán, tú y todo el pueblo contigo, á la tierra que yo
daré á los hijos de Israel.

Ilmo. Sr. :

Si alguna vez pudo conmovernos el espectáculo de nuestra nada, si pudo alguna vez nuestro corazon elevarse al trono de la inmortalidad en ademan de humilde súplica, ahogando el sentimiento en un mar inmenso de amarguras, y buscando allí un consuelo cuando nos despidie violentamente la tierra que pisamos, nunca mas que hoy en que la severa leccion de nuestra miseria se encuentra dibujada en un cuadro tierno y doloroso. ¿Qué fué de las grandezas de Sion y de las alegrías del pueblo escogido? ¿Por qué lloran los Sacerdotes, y depone el santuario sus vestiduras de gloria? ¿por qué resuena el llanto en la casa de Jacob, donde la abundancia del consuelo envolvió siempre nuestra alma en una atmósfera de ventura?

Volved, mis amados oyentes, vuestros ojos anegados en lágrimas. Ese monumento alzado al triunfo de la muerte, ese lúgubre aparato en que veo quemarse junto al funeral lucillo el corazon de cien hijos desolados, esa majestuosa plegaria que llena los ámbitos de este templo, donde ayer resonaba la voz de un padre amado, de un pastor celoso, de un anciano que nos bendecia, de un Sacerdote que sacrificaba, ¿qué nos dice? Hable por mí el sentimiento íntimo de vuestra alma, y pueda ser hoy mas elocuente que las toscas expresiones de mi impuro labio.

alma privilegiada, tan capaz de comprender sus deberes, como de llevar á término cumplido sus obligaciones, tan dispuesta al heroismo como heroica en la misma abnegacion con que lo practicaba. Esta preciosa semilla se desarrolló en él cultivada por un Pastor celoso, grande, noble, hábil para inspirar grandes acciones; y la educacion esmerada que recibió en ese mismo palacio, testigo despues de sus virtudes, preparaba al tierno niño para los hechos del justo anciano.

Llamado como Samuel por la voz del Eterno Sacerdote para servir en su santuario, no desmintió su vocacion, ni pudo el viento de las contradicciones tronchar el árbol robustísimo de su virtud evangélica. El mismo que habia dicho como el niño de la Escritura, *Ecce ego, vocasti enim me*, héme aquí, pues me has llamado, llegó tambien á merecer que de él se predique el elogio mas cumplido por su fidelidad al pacto sempiterno. Entre el vestibulo y el altar lloró siempre los pecados del pueblo, y al tomar en sus manos el turíbulo para ofrecer el incienso en el altar de los perfumes, tambien ofreció siempre la hostia viva de su corazon, la única agradable al Eterno.

El ministerio parroquial, ese penoso terreno en que suele vacilar por lo comun el ánimo mas esforzado y la conciencia mas robusta, fué poco despues para el Sr. Reyes el teatro de una gloria imperecedera. Una gloria, dije; sí, pero no es una gloria vana y pretenciosa: que no es la ovacion de un pueblo embriagado la que llena el pecho del modesto Sacerdote, no. El ministro de un Dios crucificado no puede reputar la serie de sus triunfos sino por la cuenta de sus sacrificios, por el número tambien de las almas que edificó con su ejemplo. El Sr. Reyes fué grande en el ministerio, pero lo fué con aquella modesta grandeza propia del sacerdocio cristiano, con aquel profundo respeto que él solo sabe inspirar á los hombres, con aquel amor que enciende en las almas, y que llega á significarse por medio de las lágrimas que hoy se vierten en derredor del sepulcro. Fué grande, pero lo fué para la salud de los escogidos de Dios, ma-

ximus in salutem electorum Dei, como el profeta del antiguo pueblo. Ni hubo necesidad del espíritu á que no acudiese su celo, ni miseria del cuerpo que no excitase su caridad inagotable; era todo para todos, y aun viven los que admiraron entonces tanta constancia, tanta virtud, tan infatigable celo, caridad tan ferviente.

Un caracter dulce y apacible tornaba aun mas insinuante el poderoso influjo de sus ejemplos. A las virtudes cristianas precedió siempre en nuestro Prelado una índole naturalmente buena, dócil y benigna. La sociedad era para él una reunion de hermanos muy queridos, y tan difícil como le parecia la perpetracion de una iniquidad por parte de su prójimo, tan fácil le era siempre la conmiseracion mas tierna y delicada. Ese caracter distintivo de la virtud evangélica, muy especialmente del sacerdocio cristiano, la paz, la tranquilidad del corazon, la buena y justa direccion de los afectos del alma, el crecimiento del amor á medida que pierde su fuerza el egoismo, parece como que en él tiene su trono. Nada es capaz de retraerlo del cumplimiento de su ministerio; las dificultades le asaltan para ser vencidas con una doble armadura de justicia, y en medio de los estorbos que ofrece siempre el mundo á la práctica de la virtud, en medio de las muchas y muy difíciles circunstancias de épocas azarosas por la situacion política del Estado, el Sr. Reyes no es mas que el modesto, el humilde, el ejemplar Sacerdote que convierte en bien del pueblo los momentos y la tranquilidad de su vida.

Para el cristiano, pero muy en particular para el Ministro Evangélico no debe haber mas ambicion que la del cielo. El Señor es la parte de nuestra herencia: *Dominus pars hereditatis meæ*; al mundo pertenece la ambicion de los honores y de la gloria que se disipa; suya es la ereccion de un suntuoso pero mágico edificio que termina en el lúgubre asilo de la muerte; pero el escogido del Señor *no espera sino en su misericordia*, como dice David. El sacerdocio cristiano es la condenacion del mundo prevaricador, y cuando sube á las regiones peligrosas del poder y de la abundancia, se aumen-

tan sus cargos terribles, crecen sus obligaciones, se implican aun mas sus compromisos. Poseído de esta verdad el Sr. Reyes, quizás tambien inclinado naturalmente á la modestia y sencillez de la vida laboriosa, no ambicionó jamás ninguna dignidad eclesiástica. Pero el Señor le conducia por caminos desconocidos, y previno en su misericordia la modestia del humilde Sacerdote. Granada vió y lloró la ausencia de su fiel amigo y padre, cuando el Cielo le llamaba para apacentar otro rebaño. Iguales frutos de bendicion fueron el premio de su laboriosidad inmensa, y aun recuerda Estepa todavia el celo, la actividad y la ternura de su respetable Vicario.

Pocas veces el testimonio del mundo puede ser comprobacion de la virtud y del mérito. Entre el valor de un alma noble y los juicios de la multitud se interpone casi siempre un abismo. Pero cuando el amor de los pueblos es tan espontáneo como intenso, cuando ni el favor ni la intriga han creado lo que se llama opinion en el diccionario de la sociedad, cuando al público testimonio anteceden públicos ejemplos, públicos merecimientos y virtudes, entonces tiene un valor irrecusable que no puede mirarse con desprecio por el orador sagrado. En este caso el amor de los pueblos es el premio ofrecido por Dios á su sacerdocio; *la memoria eterna es el galardón del justo*, como dice el Real Profeta: y en frase del Eclesiástico el recuerdo de los inclitos varones pasa en voz de bendicion á las generaciones futuras, y sus huesos reverdecen en el lugar donde se hallan sepultos: *ut sit memoria illorum in benedictione, et ossa eorum pullulent de loco suo*. Entonces, sí, ese trofeo de la muerte es un signo de gloria imperecedera, y cada lágrima que se vierte en torno suyo es la perla de un corazón agradecido.

¡Cómo pudiéramos hoy apelar á este solemne testimonio, para ensalzar el mérito del ilustre Prelado! ¿visteis nunca un afecto mas intenso por parte de los fieles? una ovacion popular mas elocuente ni conmovedora? una pública muestra de amor y de respeto mas edificante ni mas tierna? Yo puedo decir hoy que la causa y el motivo de este cariño espontáneo era la pureza de su corazón, como

enseña el mismo Eclesiástico, *quorum non est corruptum cor, qui non aversi sunt á Domino*. Entre el pecho del hombre justo y la conciencia de sus súbditos se establece una comunicacion íntima y profunda, que así como hace participar á todos de la actividad de quien los dirige, siembra tambien en todos los corazones la semilla de una flor que ha crecido ya en el suyo.

Y no era posible de otra manera, atendido el carácter y las prendas de un alma tan profusamente enriquecida. Benévola hasta la confianza, compasiva hasta la mas delicada ternura, caritativa hasta el heroismo, no podia menos de ganar entre los hombres el amor y el respeto hácia su sagrada persona. Caridad he dicho ¡Ah! cómo quisiera yo que trazaran su elogio en este dia las obras de su mano bienhechora, y que al acercarme á ese túmulo imponente pudiera oír de su modesto labio el caudal que se abrigaba en su pecho!

Pobres de Jesucristo, ¡con cuánta pena os contempla hoy mi alma enternecida! ¡qué grande me parece en vuestra presencia el Cristianismo! ¡cómo me complazco en poder interrumpir el lúnebre silencio para entonar un cántico de gloria! Solamente al Sacerdocio estaba vinculado el cumplimiento de la profecía de David: *liberavit pauperem á potente, pauperem cui non erat adjutor*. Mientras el poder humano rehusó prestar su auxilio á la indigencia, ó alargó una mano helada por la nieve del corazon empedernido; sola la Iglesia, solos sus Ministros, comprendiendo la dignidad de nuestro sér, y siguiendo las máximas del Evangelio, enjugaron las amargas lágrimas del huérfano y de la viuda. ¡Quién me diera levantar la losa de ese frío sepulcro, para hacer mas elocuente la apología del Catolicismo! Llorad, llorad en buen hora, pobres y humildes de corazon, porque perdisteis un buen Padre. No era caritativo por estudio, sino compasivo por un alma ternisima; no era el poderoso que socorre, sino el amigo que consuela, el que sabe avalorar el infortunio, el que goza con el que goza, el que gime con el que gime, como quiere el Apóstol: *gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus*. No habia necesidad á que no acudie-

se: su palacio fué mas tarde la habitacion consagrada á la majestad del pobre cristiano, y lo único de que mas de una vez se lamentaba era de la escasez de recursos para atender á tantas necesidades.

Pueda esta caridad, sombra amada de nuestro Pastor, pueda esta virtud divina haberte ya colocado en el verde y ameno jardin de la inmortalidad. Puedas haber recogido por cada lágrima que enjugaste una estrella por corona, por cada pena que consolaste una consolacion para tu espíritu, por cada limosna de tu benéfica mano un caudal de gloria inmarcesible. Angeles de la paz, venid en medio de nosotros, acompañad nuestro duelo, decidnos si ya goza *el padre de los pobres* del tesoro inmenso de la eterna dicha. Tú, Dios de amor, lo has prometido, y no podrás rasgar tu testamento: en el dia de la prueba se abrazará tu misericordia con la caridad del hombre justo; á él se volverán tus miradas, y no permitirás al enemigo que cante sobre su sepulcro el himno de la abominable victoria: *beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus.*

Desplegaba así el mas infatigable celo por la salvacion de las almas en la práctica de las virtudes cristianas, como quien abriga la conviccion de que *pasa en breve la figura de este mundo*, y que son los intereses eternos los únicos que reclaman nuestra actividad incesante. Mas no por eso olvida la santificacion de sus hermanos. El Sacerdote católico no puede salvarse á sí solo; su virtud será estéril para el cielo si no forma virtudes que sean como el fruto de su constante trabajo. De aquí su laborsidad infatigable, su asistencia á los enfermos, sus modestos consejos llenos de uncion evangélica, su dolor intenso á la vista del pecador, su alegría en presencia del justo, en una palabra, las virtudes sacerdotales que le adornaban, haciéndole digno de la misericordia de su Dios y del respeto de sus fieles.

Dichosos una y mil veces nosotros, si con la memoria de sus virtudes abrigamos el deseo vehemente de imitarlas. Situacion dolorosa nos espera en medio de un mundo corrompido. ¡Qué difícil es que en el dia de la prueba

puedan alumbrar esos cirios el cadáver de un hombre justo! Aun queda el proceloso mar de las pasiones, y fuerza es pasarlo á pié enjuto, para no ser envueltos en sus olas. Y si para que hoy pueda la Iglesia trazar el elogio de un pontífice fué necesario que presenciáramos sus méritos, no es mucho que la voz de Dios se deje oír ahora en medio de nosotros, exhortándonos á la fortaleza. Moysés mi siervo ha muerto: levántate y pasa este Jordán tú y todo el pueblo contigo, á la tierra que yo daré á los hijos de Israel. *Moyses servus meus mortuus est: surge, et transi Jordanem istum, tu et omnis populus tecum, in terram quam ego dabo filiis Israel.*

Prestadme un instante mas vuestra atencion, y os hablaré del celo que desplegó nuestro Prelado por los intereses de la Iglesia

XX.

Habia desempeñado cargos muy importantes en el trascurso de su vida. Habia hecho brillar en todos ellos la inteligencia y celo que siempre le distinguiera, y al poner la Iglesia y el Estado en él sus miras para elevarlo á la plenitud del Sacerdocio, no pudieron menos de prometerse copiosos frutos de bendicion para la grey que le fuera encomendada. Esta misma Basilica que presencia hoy sus funerales y escucha silenciosa su elogio, vió su consagracion en dia mas halagüeno y repitió los armoniosos cánticos de gloria. Hoy se viste de luto y llora amargamente. Tales son las lecciones con que nos visita y despierta la Divina Providencia.

Málaga gozó por algun tiempo el beneficio de un Prelado laborioso y amante de sus hijos. Aun no cumplidos dos años, tomaba posesion de esta Silla en Marzo de 1852. Era la mas á propósito para que desplegara su celo. Granada le conocia, y desde luego se creyó afortunada: tanto como hoy llora su pérdida, cantó alegre entonces su triunfal venida.

La dignidad Episcopal, este cargo inmenso que solo puede avalorarse por las virtudes que exige, y por la pru-

dencia de que debe estar adornado quien lo ejerce, fué desde luego para nuestro Arzobispo una fuente inagotable de continuos y penosos sacrificios. Señores, pasaron los tiempos en que los Obispos de la Iglesia Católica descansarían tranquilos en la pureza de las costumbres de sus fieles y en la índole de los elementos sociales; tiempos de fe, de paz y de abundancia, en que medraba el pobre, á proporcion que ganaba en el espíritu público el cristianismo; tiempos en que la direccion de los negocios no se llevaba la mayor parte de un dia que debiera estar consagrado á la santificacion de los pueblos. En esta época azarosa, arrostrando las dificultades de un nuevo régimen, que por su índole propia habia de ocasionar dificultades, compromisos y trastornos, empezó nuestro Prelado sus tareas en el ministerio Apostólico.

Los que le habian conocido de simple Sacerdote, solo tuvieron que advertir en él la mayor dulzura de sentimientos, la mas esquisita bondad y atencion con los humildes, la mas pródiga caridad con los pobres. Todas estas virtudes se habian acrecentado en su alma, revestido ya con el caracter del Sacerdocio supremo.

Los intereses de la Iglesia llaman en breve su atencion y celo infatigable. Poniendo ante su vista la ley santa del Señor, como única norma de sus acciones, juzgó á la multitud de los fieles y Dios miró á Jacob con ojos de misericordia, y en premio á su fidelidad fué aprobado por profeta: *In lege Domini congregationem judicavit, et vidit Deus Jacob, et in fide sua probatus est propheta.* Al par que llovian las bendiciones sobre esta diócesis afortunada, el Señor confirmaba á su siervo en el espíritu del Sacerdocio, como confirmó á Samuel de quien fué proferido aquel elogio, como confirmó á Simon hijo de Onías, para que ampliase su templo y adornase su tabernáculo.

Pasead vuestra mente por el anchuroso campo que abre á la actividad y celo de un Prelado el interés de la Iglesia. Nada hallareis que se sustraiga á la influencia de este varon justo, nada que no excite su laboriosidad extremada, comprometiéndola á los mas costosos sacrificios. Ni creais que comparte con los que le rodean el peso de

sus trabajos. ¡Cuántas veces le sorprendian las altas horas de la noche en la direccion de los negocios eclesiásticos, sin consultar ni aun al reposo que su edad avanzada requería, sin oír mas razones que las del bien de la Iglesia! De todo se informa, á todo preside, en todas partes se encuentra, siempre santificando con su presencia, edificando con su ejemplo, estimulando con su piedad acrisolada. Un instante solo que hubiese robado á la alta direccion de la diócesis, habria sido para su conciencia un peso intolerable. ¡Cuántas veces se le exhortaba á tomar el descanso suficiente para reponer las fuerzas perdidas, y la única contestacion que arrancábamos á su encantadora modestia era *ser imposible este sosiego en medio de tan difíciles tareas!*

Comprendiendo en su justa nocion los verdaderos intereses de la diócesis, allí pone sus miras donde cree mas necesaria su pastoral vigilancia. La reforma de las costumbres, las considerables mejoras en el Colegio Eclesiástico, único asilo que ya resta para las letras y el espíritu del Sacerdocio, la reparacion de los templos, la intransigencia con el espíritu revolucionario, á quien no puede cederse ni un ápice sin comprometer la causa santa, y que si llevó por todas partes la desolacion y el terror, no fué por cierto Granada la que menos sirvió á sus perversos intentos; en una palabra, todo aquello que reclama la atencion de un Prelado celosísimo, encuentra en él su mas firme apoyo, su protector mas decidido. Cuando no hace mas, él mismo lo decia, es porque las circunstancias de los tiempos lo impiden, no porque deje de arder su corazon en el deseo de las mejoras y adelantos.

Hablad vosotros, los que fuisteis con tanto gozo de vuestra alma cooperadores de aquel buen padre de familias. ¿No os edificaba aquella constancia invencible? ¿no llegó á causarnos admiracion mas de una vez la continuidad de tantos trabajos, que hubiéramos creído superiores en mucho á nuestras fuerzas? Todo esto en medio de dolores agudos que sufría con resignacion, como si temiera ser molesto con el anuncio siquiera de una leve indis-

posicion de su cuerpo. ¿No llegó su prudencia, virtud característica de su persona, hasta allí donde nunca suele llegar el ánimo mas templado ni el corazon mas benigno? ¿No es cierto que preocupado del bien espiritual de sus hijos, y creyendo acudir á él por las vias de pacificación, mucho mejor que por las de severidad y justicia, cedió á veces hasta sus propios derechos, para ganar el corazon de sus súbditos? Sí, católicos, todas estas verdades que os voy anunciando, y de que fuí dichoso testigo, bastarían para trazar de nuestro Arzobispo el elogio mas perfecto.

Pero dejad que formen su corona los que le vieron siempre y en todas partes proveyendo á las necesidades de los fieles, los que se convirtieron con la lectura de sus piadosas y frecuentes exhortaciones, los que detuvieron el brazo sacrilego por temor á sus censuras, los que admiraron la constancia con que se opuso á los planes de la revolucion, y las dignas contestaciones que dió siempre á los deseos reprobados. Hablen los pueblos de la diócesis santificados por las continuas misiones; hablen los que acudieron á implorar su auxilio; oireis de todos ellos que fué un varon justo, un siervo del Señor, que no tenia mas pensamiento que el de los intereses de la Iglesia, y que si no alcanzaron sus fuerzas donde llegaron sus deseos, tampoco es fácil medir la ilimitada extension de sus afectos.

Parecia que el Señor le daba fortaleza, á medida que se acumulaba sobre él la implacable cólera del tiempo. Su avanzada edad nunca le fué estorbo para las penosas tareas del ministerio. Vosotros le visteis pocos dias antes de su muerte confirmar con el Sacramento de la fortaleza á los hijos de Israel; y si habla alguna vez en el lecho del dolor, es para acordarse de su Iglesia, para recomendar el mayor celo por ella, para preguntar por el estado de los negocios é informarse de la situacion de su clero. Si algun deseo se advierte en ese agosto enfermo, que parece aun mas risueño con sus dolencias, es el del restablecimiento para volver á su actividad antigua, como si le doliese aun mas el momentáneo abandono del trabajo.

Así podremos decir de nuestro querido Prelado lo que afirma la Santa Escritura de Caleb, hijo de Jéfone; que el Señor le dió fuerzas, y se conservó en vigor hasta la ancianidad para subir á un lugar elevado de la tierra: *Dedit ipsi Dominus fortitudinem, et usque ad senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum.*

Y subió, cual sube el vaporoso incienso á las regiones del firmamento, como sube la blanca espuma quiere saltar las estrellas, como sube en alas de la fe el sentimiento del hombre, como sube al trono de la inmortalidad el llanto que hoy nos arranca la muerte. Ascendió á la consideracion de los mortales, que premiaron sus méritos con los honores y distinciones del mundo. Pero ¡qué valen estos títulos, que en último término se pierden en la nada del sepulcro! Subió, sí, á la consideracion del justo Dios apreciador de las virtudes, y fué amado por el Eterno, *Dilectus Deo*; y le concedió larga vida para ver el fruto de sus tareas, y le mantuvo el uso de sus facultades para escuchar el lamento de sus fieles; y pudo repetir el nombre del Señor, el nombre del Sumo Sacerdote Cristo en el dolor de la agonía, y el ósculo de paz acompañó aquel último suspiro, *Dilectus Deo*; y fué llorado con desconsuelo por una numerosa familia que en él perdió un padre cariñoso, por un Clero que le debió el amor y la solicitud mas tierna, por unos pobres que en él hallaron alivio, por una ciudad que se gloriaba de contarle entre sus hijos predilectos. *Dilectus Deo et hominibus*. No perecerá nunca su memoria, y su nombre será requerido de generacion en generacion: *non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.*

Solamente tiene derecho á vivir en la posteridad quien ha servido á los grandes intereses sociales; y no se olvide que el celo por la Iglesia lo es tambien por el bienestar de los pueblos, cuya suerte está ligada en vínculo estrecho á la del Catolicismo. Pasará y se perderá como el humo la memoria del que siembra cizaña para recoger el fruto de perdicion, *fasciculos que serán ligados para el*

fuego: su nombre vivirá tan solo como ejemplo de iniquidad y estímulo al espíritu revolucionario. ¿Dónde irán á perderse los pensamientos del demagogo moderno? ¿qué lágrimas se verterán sobre la losa de su humillante sepulcro? ¿qué suspiros del corazón acompañarán su eterno sueño en el lúgubre lecho de la muerte? Mientras tanto, vive siempre como *árbol plantado junto á la corriente de aguas* la memoria del varón justo: las bendiciones del cielo consagran las bendiciones de la sociedad, y en premio al celo que despliega el héroe cristiano le ofrece la posteridad agradecida una lagrima ardorosa sobre su triunfal sepulcro: *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.*

¿Podrá jamás apartarse de la vuestra, hijos de Granada, la sombra de aquel Pastor venerable? Sacerdotes del Señor, ¿podrá perderse alguna vez el influjo de su buen ejemplo, y dejará de servirnos de estímulo, para que incesantemente defendamos los derechos é intereses del catolicismo? El que cumplió lo que prescribe el Apóstol, *in omnibus te præbe exemplum bonorum operum*; el que tuvo siempre á la vista la máxima de nuestro Isidoro *«que aquel que preside á los pueblos para instruirlos y llamarlos á la práctica de la virtud, es necesario que sea santo en todas sus acciones,»* el que lleno de esta verdad, y abrigando tal convicción llevó la costumbre del buen ejemplo hasta el lecho del dolor, hasta el postrer instante de la vida, dando lecciones de piedad, de sufrimiento cristiano, de resignación á la voluntad divina; el que mas bien que nuestro Prelado fué por su conducta nuestro doctor y nuestro padre, ¿podrá borrarse de nuestra memoria, ó será menos permanente el sello que imprimió en nuestros afectos? no, *non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.*

Día 31 de Marzo del año 65, ¿qué ideas despertará siempre tu recuerdo en la mente de nuestros hermanos! Yo ví en él deslizarse con dulzura la corriente de una preciosa existencia; yo ví á un anciano venerable cediendo á la fuerza del dolor, y vencíéndolo al mismo tiempo con su serenidad y paciencia. Yo admiré entonces el va-

lor de tu doctrina, ¡ Iglesia de Jesucristo! y conocí que bastaban tus esperanzas para endulzar el cáliz de amargura. Yo contemplé absorto y confuso á un alma que se despedía del lugar de su destierro; yo ví que lloraban todos menos el augusto moribundo, que todos se entristecían menos aquel espíritu dichoso, que todos elevaban una súplica, cuando estábamos quizás necesitados de las tuyas.

Puedan, sí, Pastor querido, haber hallado término tus ansias en la morada del Pastor Eterno. Pueda aquella bendición que con trémula mano regalaste como última prenda al pueblo de tu vigilancia, haber recibido en premio el ósculo del Eterno. Puedan hoy estas lágrimas que derramamos sobre tus cenizas valer un precioso holocausto en el acatamiento divino.

Sacerdotes del Dios vivo, el Señor nos dice hoy como en otro tiempo al segundo caudillo de su pueblo; Moisés mi siervo ha muerto; levántate, y pasa este Jordán tú y todo el pueblo contigo á la tierra que yo daré á los hijos de Israel: *Moses servus meus mortuus est; surge et transi Jordanem istum tu, et omnis populus tecum, in terram quam ego dabo filiis Israel.* El ejemplo que recibimos deberá ser un estímulo para que levantándonos con diligencia acaudillemos al pueblo hasta la tierra que se nos ofrece, *surge*. Teniendo siempre á la vista aquel celo infatigable por la gloria de Dios y los intereses de la Iglesia, fácil será que podamos conducir incólume sobre las aguas de la revolucion el Arca de la Alianza, *et transi Jordanem istum*. A nosotros toca mantener ilesos los derechos del Catolicismo, enaltecer sus glorias, robustecer su dominio, para que tambien el pueblo venga en pos y camine á la eterna dicha, no apartándose jamás de la senda que conduce á la salud, *tu, et omnis populus tecum in terram quam ego dabo filiis Israel.*

Católicos, no os entristezca hoy el espectáculo de la muerte, que estais llamados á una vida imprecadera. Sea mas bien el ejemplo de nuestra nada el que hoy nos lleve á la contemplacion de nuestro eterno destino, ¿Veis las sombras que se agitan en derredor de ese lúgu-

bre y silencioso sepulcro? son los ángeles de paz, que velan el sueño del hombre justo. Yo soy la resurreccion y la vida, nos dice el Salvador; *ego sum resurrectio et vita*; si alguno cree en mi, aunque haya muerto vivirá eternamente; *si quis credit in me etiam si mortuus fuerit vivet*. ¡Qué bella es esta esperanza para los hijos de Israel! ¡cómo se disipa en breve la aterradora sombra del sepulcro cuando sopla el aire suave de la gracia!

Robusteced hoy el espíritu de penitencia para merecer aquella dicha, y renovad tambien sobre esa losa fria vuestros mas profundos votos y oraciones. Ministros del altar, continuad vuestro sacrificio; quemad el incienso en holocausto propiciatorio. Fieles de la Iglesia, hijos amantes de un Padre cariñoso, ofreced en lo mas íntimo del corazon el aroma de la virtud y suba hasta el firmamento implorando la misericordia. Sentado en excelso trono está el que hace comparecer á la justicia para juzgarla de un modo inexorable, *ego justitias judicabo*. El Señor encuentra manchas en el abrasado seno del querube; el oro que deslumbra á los mortales necesita purificarse en su fuego para que sea digno de revestir por dentro y fuera los muros del eterno tabernáculo. Si el alma de nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado gime aun entre las sombras de la muerte y suspira por el claro dia del cielo, sean nuestras continuas y fervientes oraciones las que le conduzcan al eterno descanso.



